

» cometer bajezas y adular á los grandes
 » para tener qué comer.—Tú estás en un
 » país y en una condición en que no
 » necesitas para subsistir ni engañar, ni
 » adular, ni envilecerte, como lo hacen
 » la mayor parte de los que en Europa
 » aspiran á la fortuna; en que no te ves
 » precisado por razón de tu estado á
 » ocultar la verdad; en que puedes ser
 » impunemente bueno, veraz, sincero,
 » instruído, sufrido, moderado, casto,
 » indulgente y piadoso, sin que tu virtud,
 » que todavía comienza á florecer, se
 » marchite con alguna flaqueza que te
 » haga ridículo á los ojos del mundo
 » y de la posteridad. El cielo te ha con-
 » cedido libertad, salud, una buena
 » conciencia y amigos verdaderos: ¡harto
 » menos felices son los grandes de la
 » tierra, cuyo favor deseas!»

« ¡Ah, exclamó, todo me importa
 » poco, faltándome Virginia! Pero ¿qué
 » haré yo para lograr la posesión de lo

» que más amo? Supuesto que su tía la
 » quiere casar con un hombre de mérito
 » y circunstancias, me pondré á estudiar
 » para ser sabio y adquirir crédito: con
 » el estudio y la sabiduría serviré útil-
 » mente á mi patria, sin perjuicio de
 » otro: me haré célebre por este camino,
 » no dependeré de nadie, y me deberé á
 » mí sólo esta gloria.»

« ¡Ah! hijo mío, le respondí: los
 » talentos todavía son más raros que las
 » riquezas; y no tiene duda que son de
 » una naturaleza superior, por cuanto
 » nadie nos los puede robar, y porque
 » nos granjean además la estimación
 » pública en toda la redondez de la tierra;
 » pero cuestan muy caro. Es necesario
 » privarse del sosiego y del reposo para
 » adquirirlos, padecer las persecuciones
 » de la envidia, y vivir en cierto modo
 » fuera del mundo. Por otra parte, la
 » celebridad de las letras es demasiado
 » tempestuosa y difícil de adquirir.

» Acuérdate de la suerte que han tenido
 » la mayor parte de los filósofos de la
 » antigüedad. Homero, cuyos versos son
 » tan divinos, anduvo pidiendo limosna
 » de puerta en puerta. Sócrates que con
 » sus palabras y ejemplo predicaba la
 » moral á los atenienses, fué envenenado
 » jurídicamente por ellos. Su discípulo
 » Platón se vió reducido á la clase de
 » esclavo por orden del mismo príncipe
 » que le protegía; y anteriormente á
 » ellos, el célebre Pitágoras fué quemado
 » vivo por sus paisanos los crotonienses.
 » ¡ Pero qué digo ! la mayor parte de es-
 » tos nombres ilustres han llegado desfigu-
 » rados hasta nosotros, por los mordaces
 » tiros de la sátira, con que la ingratitude
 » humana se complace en caracterizarlos,
 » y si entre tantos como ha habido, la
 » gloria de algunos ha llegado pura y sin
 » mancha hasta nosotros, es porque
 » vivieron lejos de sus contemporáneos
 » en la abstracción y retiro de los nego-

» cios públicos, pareciéndose en esto á
 » aquellas estatuas desenterradas en los
 » campos de la Grecia y de la Italia, que
 » por haber estado sepultadas en el seno
 » de la tierra, se han libertado del furor
 » de los bárbaros. Á vista de estos ejem-
 » plares, ¿ quién se lisonjeará de ser útil
 » á los hombres ilustrándolos ? ¿ quién
 » se prometerá tener todas las calidades,
 » todas las virtudes que son necesarias
 » en la carrera de las letras, hasta estar
 » dispuesto á sacrificar los bienes de la
 » fortuna y aun la propia vida ? »

« Pero, bien, me interrumpió, vos que
 » tenéis tanta sabiduría y experiencia de
 » las cosas, ¿ no me diréis si Virginia y
 » yo nos casaremos algún día ? Quisiera
 » ser sabio para conocer lo venidero. »

« ¿ Quién querría vivir, hijo mío, le
 » contesté, si conociera lo que está por
 » venir ? Si una sola desgracia prevista
 » nos causa tantas inquietudes vanas, la
 » vista de una cierta emponzoñaría todos

» los días que la precediesen. No conviene
 » profundizar demasiado lo que nos
 » rodea; y aun por eso el cielo, que nos
 » da la reflexión para prever nuestras
 » necesidades, ha dado las mismas nece-
 » dades para que pongamos coto á
 » nuestra reflexión. »

« Pues ¿qué haré yo, me preguntó,
 » para obtener riquezas, y con ellas las
 » dignidades y distinciones que puedan
 » hacerme acreedor á la mano de Virgi-
 » nia, según las ideas de su parienta?
 » Iré á enriquecerme á Bengala y después
 » pasaré á París á pedirla en matrimonio
 » á su misma tía. »

« ¡Cómo! exclamé: ¿tendrías entrañas
 » para abandonar á tu madre y á la
 » suya? »

« Vos mismo, me replicó, me aconse-
 » jasteis que me embarcara para la
 » India. »

« Entonces estaba aquí Virginia, le
 » contesté; pero en el día eres el único

» apoyo de su madre y de la tuya. »

« Virginia, me replicó, las socorrerá
 » por medio de su parienta rica. »

« Los ricos, Pablo, le dije, solamente
 » reconocen por parientes á los que les
 » dan honor y timbre en el mundo. »

« ¡Qué país tan perverso la Europa!
 » exclamó: ¿qué necesidad tenía Virgi-
 » nia de ir á buscar una parienta rica?
 » Aquí vivía feliz y contenta, y allá sabe
 » Dios si será desgraciada. » Y diciendo
 esto, comenzó á llorar con la mayor
 amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen
 rato, exclamaba como si la tuviera pre-
 sente. « Torna, torna, Virginia, al país
 » donde has nacido; abandona tus
 » palacios, tu fausto y tu grandeza:
 » vuelve á estas breñas, á la sombra de
 » estas florestas y de nuestros cocoteros:
 » deja esos trajes de señora, y vuelve á
 » estas cabañas engalanada con tu vestido
 » de algodón, tu pañuelo encarnado alre-

» dedor de la cabeza, y tus flores bellas
 » cogidas por mi mano en estas prade-
 » ras. »

Después de estas exclamaciones quedó como enajenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer; y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto y turbulento, se encaró á mí, y me preguntó con aire de sorpresa:

« ¿ Qué necesidad hay de ser rico, para
 » casarse? ¿ no bastaba que hubiera unión
 » de voluntades, conformidad de genios
 » y disposición en el hombre para ganar
 » de comer con el trabajo de sus manos?
 » ¿ En qué se ocupan los ricos? »

« En vivir en la opulencia, le respondí,
 » sin que hagan nada la mayor parte de
 » los que poseen muchos bienes de fortu-
 » na. El trabajo de manos no tiene en
 » Europa todo el aprecio que merece, y
 » que el mismo Dios le dió cuando con-
 » denó al hombre á vivir del sudor de su

» rostro; y aun se le da el nombre de
 » trabajo mecánico. Conforme á este
 » modo de pensar, los europeos suelen
 » apreciar más á un artista que á un
 » labrador, sin embargo de que la agri-
 » cultura es el arte que sustenta á los
 » hombres. No es posible que comprendas
 » tamaña contradicción, querido Pablo,
 » opuesta á los principios de la razón, y
 » consecuencia forzosa de la depravación
 » del hombre civil. Es fácil formar una
 » idea exacta del orden, mas no del
 » desorden: la belleza, la virtud y la
 » felicidad tienen proporciones; la feal-
 » dad, el vicio y la infelicidad no tienen
 » ninguna, »

« Según eso, me interrumpió, ¿ serán
 » muy felices los ricos, no encontrando
 » ningún obstáculo para el logro de sus
 » caprichos, y pudiendo colmar de gustos
 » y satisfacciones al objeto de su cariño? »

« No por cierto, le respondí: bien
 » lejos de eso la mayor parte de los ricos

» no gozan de ningún placer, por lo
 » mismo que no les cuestan la menor
 » diligencia. ¿ No has experimentado que
 » el placer del descanso se compra con
 » la fatiga, el de comer con el hambre,
 » y el de beber con la sed? Pues así
 » sucede en el de amar y ser amado, que
 » sólo se adquiere á costa de mil priva-
 » ciones y sacrificios. Las riquezas privan
 » á los ricos de todos estos placeres,
 » porque se anticipan á sus necesidades.
 » Al disgusto, compañero de su ahito y
 » saciedad, se agrega el orgullo que nace
 » de su opulencia, y que la menor priva-
 » ción incomoda, al mismo tiempo que
 » no los mueven, ni lisonjean las mayores
 » satisfacciones. La fragancia de mil
 » flores no agrada más que un instante;
 » pero el dolor que causa una de sus
 » espinas, dura mucho tiempo después
 » de la picadura. Un mal en medio de
 » las delicias, es para los ricos una espina
 » entre las flores; y por el contrario, un

» bien en medio de los males, es para
 » los pobres una flor entre las espinas,
 » que ellos gozan con grande ansia y
 » deleite. La naturaleza todo lo ha contra-
 » pesado en este mundo, y los efectos de
 » una causa se aumentan en porporción
 » de su contraste. ¿ Qué estado, habiendo
 » de escoger, te parece preferible, el de
 » temer todos los males y no tener casi
 » ningún bien que esperar, ó el de no
 » tener casi ningún mal y esperar todos
 » los bienes? Pues el primero es el de los
 » ricos, y el segundo el de los pobres. Pero
 » los hombres con dificultad pueden sopor-
 » tar estos extremos; y así la felicidad con-
 » siste en un estado de medianía y de vir-
 » tud; el tuyo es de esta clase, pues man-
 » tienes á tus padres con el trabajo de tus
 » manos, por agradar á Dios únicamente.»

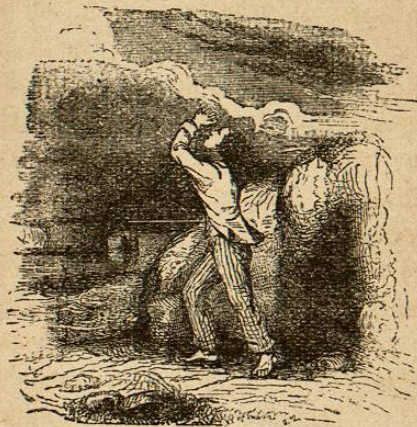
Con estas ideas quedaba tan complacido
 y sosegado, que ya daba por hecho el
 regreso de Virginia, y disculpaba su
 dilación en escribir, suponiéndola ya en

camino para la isla. La vuelta le parecía que podría verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habían hecho la travesía de tres mil y quinientas leguas de Europa á aquí, en menos de tres meses : ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegación, y la destreza de los marineros : hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitación de los dos : me decía que en llegando Virginia rica y poderosa, ya podía yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraría muchos negros que cultivarían la tierra para todos nosotros; y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en qué pensar, más que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazón.

En esta vida, los grandes temores

suceden de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre al alma en extremos opuestos. Regularmente volvía Pablo al día siguiente á mi cabaña sumamente triste y pensativo, y me decía : « Virginia » no me escribe : si se hubiera embarcado » para esta isla, me hubiera avisado de » antemano el día de su partida de Euro- » pa. ¡ Ah, demasiado fundadas son las » noticias que han corrido ! Sin duda la » ha casado su tía con un gran señor, y » el amor de las riquezas la ha perdido á » ella, como á otras muchas. En estos li- » bros que pintan tan al vivo á las muje- » res europeas, la virtud no es más que un » asunto de novela. Si Virginia hubiera » sido virtuosa, no hubiera abandonado » á su propia madre y á todos nosotros. » Mientras yo paso la vida pensando en » su venida, y me afligo por su ausencia, » ella se divierte y me olvida. ¡ Ay de mí ! » ¡ este pensamiento me trastorna el jui-

» cio! Todo trabajo me fastidia, y la con-
 » versación y trato con las gentes me es eno-
 » joso. ¡ Ojalá se declarase la guerra en la



» India, para ir á exponer mi vida en ella!»
 « Hijo mío, le contesté yo, el valor
 » que nos lleva á la muerte, no es más
 » que el valor de un instante comun-
 » mente excitado por los vanos aplausos
 » de los hombres. Otro hay más raro y
 » necesario, que nos hace sobrellevar sin
 » testigos ni aplausos los males ordina-

» rios de la vida: la paciencia, quiero de-
 » cir. Ésta se funda, no en la opinión de
 » otros, ó en el frenético furor de nuestras
 » pasiones, sino en la conformidad con
 » la voluntad de Dios. La paciencia, que-
 » rido Pablo, es el valor de la virtud. »

« ¡ Ay de mí! exclamó á esto; ¡ con-
 » que tampoco tengo virtud! todo con-
 » tribuye á afligirme y llenarme de
 » desesperación. »

» La virtud, le interrumpí, siempre
 » igual, siempre constante é invariable,
 » no es el patrimonio del hombre después
 » de la caída original. En medio de
 » tantas pasiones como nos agitan,
 » nuestra razón se perturba y obscurece
 » muchas veces; pero hay dos fanales
 » donde podemos encender su antorcha:
 » la religión y las letras. La religión,
 » hijo mío, nos enseña á dirigirnos á Dios
 » en nuestras aflicciones, y esperar de su
 » mano el remedio por medio de la con-
 » formidad y paciencia cristianas, que él

» mismo nos recomienda en su evangelio.
 » Las letras son un don del cielo, y
 » como un destello de aquella sabiduría
 » que gobierna el universo : semejantes
 » á los rayos del Sol, iluminan, alegran
 » y calientan, y á manera de un fuego
 » divino; y á imitación del fuego, hacen
 » servir toda la naturaleza para nuestros
 » usos. Por ellas reunimos alrededor de
 » nosotros las cosas, los lugares, los
 » hombres y los tiempos : ellas son las
 » que nos enseñan á conformarnos á las
 » reglas de la vida humana, las que
 » calman las pasiones, reprimen los vi-
 » cios y excitan á las virtudes por medio
 » de los augustos ejemplos de los héroes,
 » cuyas acciones celebran presentándonos
 » la imagen y memoria de sus virtudes,
 » siempre en veneración y acatamiento.
 » En suma son las hijas del cielo que
 » bajan á la tierra, para dulcificar los
 » males del género humano; y en los
 » tiempos de la mayor barbarie y depra-

» vación, siempre han aparecido grandes
 » escritores inspirados por ellas para
 » consuelo de sus semejantes. Las letras
 » han consolado á una infinidad de hom-
 » bres más desgraciados que tú; á Jeno-
 » fonte desterrado de su patria, después
 » de haber conducido á ella diez mil grie-
 » gos victoriosos; á Escipión el Africano,
 » cansado de las calumnias de los romanos;
 » á Lúculo, de sus partidos é intrigas;
 » á Catinat, de la ingratitud de su corte.
 » Lee, pues, hijo mío. Los sabios que
 » han escrito de nosotros, son como
 » viajeros que habiéndonos precedido en
 » las sendas del infortunio, nos alargan
 » la mano, y nos convidan á que nos
 » unamos á ellos, cuando todo nos
 » abandona. Un buen libro es un buen
 » amigo, cuya función augusta de hacer
 » que resplandezca la virtud escondida,
 » de consolar á los desgraciados, ilumi-
 » nar al mundo, y decir la verdad á todos
 » sin distinción, es siempre digna de su

» celestial origen, y el destino más
 » sublime con que el cielo puede hon-
 » rar á un mortal sobre la tierra.
 » ¿ Qué hombre habrá que no se consuele
 » de la injusticia ó desprecio de los que
 » disponen á su arbitrio de la fortuna,
 » cuando considere que sus obras irán
 » de siglo en siglo y de nación en nación,
 » para servir de barrera al error y á la
 » corrupción de los mortales; y que del
 » seno mismo de la obscuridad en que ha
 » vivido, resaltará una gloria que borrará
 » la de la mayor parte de los poderosos
 » de la tierra, cuyos monumentos pere-
 » cen en el olvido, á pesar de los adu-
 » ladores que los elevan y ponderan ? »

Me oyó Pablo con toda la atención que yo deseaba, aunque daba de cuando en cuando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo, que el continuar hablando seriamente de semejante asunto sería inhabilitarle cada vez más para que se dedicara al cultivo del campo, le distraje

todo lo posible, diciéndole, que cuando volviese Virginia extrañaría mucho no hallar el jardín bien cuidado, siendo así que ella no había pensado más que en hermosearle, á pesar de las persecuciones de su familia.

Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia, renovaron el valor de Pablo, y le estimularon á entregarse á sus ocupaciones campestres, las cuales divertían sus penas representándole el objeto de su pasión, como el término inmediato de sus fatigas; y mientras conservaba esta ilusión, era feliz trabajando.

